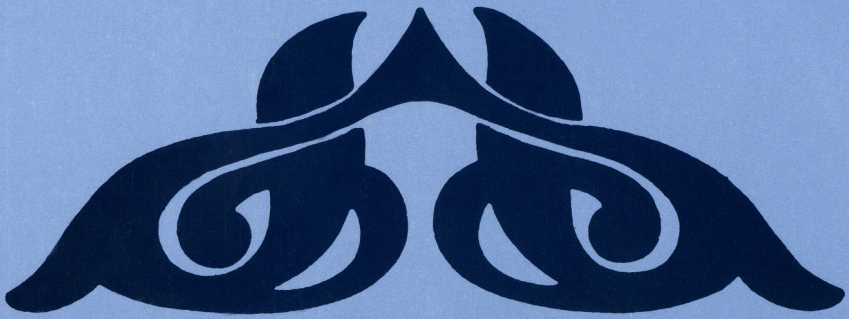

ÁLVAREZ ORTEGA

CÓDIGO

Devenir

DEVENIR, serie poesía/34
Colección dirigida por Juan Pastor

CÓDIGO

MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

CÓDIGO

Devenir

Primera edición: febrero 1990

© Manuel Álvarez Ortega
Edita: Juan Pastor
Griñón, 1990, n.º 11
28970-Griñón (Madrid)
ISBN: 84-86351-13-8
Depósito legal: M. 3.580-1990
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Then all the charm
Is broken - all that phantom wrold so fair
Vanishes, and a thousand circlets spread,
And each mis-shapes the other.

(SAMUEL TAYLOT COLERIDGE)

Sea la ley, el código de una lealtad que a la muerte entrega la última fosforescencia de su origen.

(NOCHE FINAL Y PRINCIPIO, 1951)

I

HAY un fauno sumergido en la piedra, un rostro que bebe en una copa de ónice, no el líquido salino que desdobla la oscuridad, sino el aroma que denuncia la mirada venenosa que por otro cuerpo se difundió.

Alza la madrugada su ventanal de pájaros insomnes, el ámbar que ciega una profecía, y, entre la humedad de los salones, donde el acero de las corazas se inviste con el orín del desaliento, el pico bermejo de la muerte entreabre la vidriera del sueño, el ojo entregado al vano resplandor de la mañana.

Una alucinación de telas y marfiles se cierra en torno a la virgen a punto de profanar, el cuello de la gárgola se estira bajo la lluvia de maldiciones, y, en otro lugar, sobre las losas del templo que el cadáver sustenta, la sangre aún no vertida escribe su leyenda con abnegación.

Al otro lado de la puerta, junto al vaso de porcelana santiguado por las moscas, la saliva del tiempo se petrifica, el mal sonríe al ídolo despintado en su hornacina de cera, y, más arriba, hecha de aserrín descompuesto, envuelta en el terciopelo de su misterio,

la araña teje su red como un seno de agujeros malsanos, un dolor abierto entre las bóvedas que rezuman el maleficio de los siglos, mientras la risa de la muerte, agazapada a los pies del fauno, extiende sus sílabas y exhibe un neutro sexo que, en medio de la desolación del templo, con indolente crueldad, los gusanos adoran.

PARA no descubrir lo que su íntimo demonio inventa, allí donde la lucidez del conocimiento efectúa sus medidas, él pone calor al desfigurado ciempiés del sueño, maniobra en las corrientes de otra estación, no ésta, terrestre o intemporal, otra más insólita, antesala de los insectos madrugadores, sima donde su rostro será, junto al mar en su primigenio movimiento, por el légamo escrito.

La fiebre es su dominio: apartando telas, subiendo desde la red que su imagen decapita, deslía el ovillo de su obscenidad funeral, ordena los objetos que sus ojos no han visto, y, como un sacramento, a los pies del mártir, gracia del día, traza el signo de su potestad, anillo, báculo y solideo que los fantasmas del insomnio describen y enumeran con ebria delectación.

No sabe dónde regresar. De telarañas y cartones se viste para el nuevo oficio. Ordena sus salterios, las manos sólo polvo, la lengua deshilándose en voces cada vez más oscuras, dentro de la caverna donde es monarca el dolor, y, bajo el aire incendiado, configura el presagio, pulpo enloquecido, disfraz de la locura, regicida inmortal.

Y como un pardo mendigo que buscara su sustento entre los escombros de una ciudad destruida por la pesadumbre, él solo, infierno ya, sin el poder de la pólvora o el dinero, buscará las huellas de su linaje, la casa que no tuvo, la mano hospitalaria que sepa hacer de su muerte la frontera que nunca le reconocerá.

PERO su imagen se traslada con diligencia en el espejo, y mientras una música de latas y cristales se entinta bajo el lecho, inicia la escena, está allí en medio de la oscuridad, verdugo solo, la cruz y el sudario como un remordimiento sin contornos, testigo de su transfiguración, cortejo erótico que baja por el río de su piel, moja su viente, llora en sus caderas y sentencia, reo de olvido, al murciélago que cruza su frente, se adentra en su boca, toca sal y maldice.

Saldrá de allí, el disfraz descosido, un negro agujero en la pared; entrarán las hormigas aduladoras, se oirán los címbalos roncos, y el carcaj de Eros, hoguera de ceniza apagada, apuntara sobre su corazón hecho a las flores del sudor y a los alfileres del sexo. Entonces, considerando sombras, sin esperanza de mal, después de haber vencido la tentación y estar en el origen de su cautiverio solo, hará balance de la edad que le tocó revivir, como si la muerte permaneciera en su cuerpo quieta y un ángelus negro contara las horas de su perpetua heredad.

Sólo así se sabrá en su presentimiento reconocido.

Pues sólo la sangre del infiel amante es indeleble al olvido y busca su permanencia en otro rostro, se identifica con él, miente con sus gestos y ríe con su boca, como una ola que descubre el cieno de su intimidad o un plenilunio inútil en el curso de los siglos, alucinación terrible y sin embargo hermosa.

DESPUÉS de beber el vino ritual, hábil pontífice de la sombra, el rostro se yergue en el retablo que los murciélagos del alba adornan con sus negras membranas, se vuelve hacia el vitral, más alegoría que oración, y con el índice mojado en el óleo del sacrificio, eleva su súplica, bendice la oscuridad y al dolor se entrega como un astro acuchillado por el día.

Un momento en suspenso la plegaria, espejo de la maldad, bajo la piel que la fiebre configura en las losas del templo, la pupila, con grave delectación, luminaria de la costumbre, espía su alquimia temporal, la ciega tempestad adquirida por los cirios, el reguero de salamandras que en el dócil patíbulo se ordenan al conjuro de una ley ancestral.

Pero el rostro, lejos de dormirse en el agua de sus obscenas visiones, avanza por los hilos de la inmóvil claridad, a su lengua lleva el hollín de su pacífica injuria, y donde los puñales, vueltos sonoras majestades, inducen al oficiante a un rito que no estaba prescrito o ponen un salitre espeso en medio de su oráculo, vacío el orificio por donde el desaliento asoma,

allí, todo espasmo, escalofrío sugerente, por fin habla, por fin su cabeza se reclina para adorar a ese dios que desde su nacimiento, como una larva inmortal, fue edificando su desdicha, y que ahora, hueco absoluto, sobre la máscara ungida por la ceniza del traidor, ungüento victorioso, anfitrión del sobresalto, eterno aventurero, reina.

EL trono resplandece, y, en su ignorancia, con su vestidura habitual, el cronista presencia el holocausto, escribe, llena de agujeros el espacio por donde su ausencia saldrá, dará fe de que todos los ritos se cumplieron, de que él no está ya ahí, es una máscara sin nombre, una forma que las velas desfiguran, un redondel de sombras en medio del ábside que da origen a una nada inmortal.

Luego, cuando el sol de nuevo ilumine el atrio y, cerradas las puertas, vuelva a ser la república de moscas, el orín del día señalando los llamadores, los cerrojos engrasados por la paciencia del mártir que sostuvo las cruces o el salterio y puso fin al cataclismo ornamental; cuando dentro del oscuro espacio, en la nave encendida, los santos salgan de sus vitrinas y cambien con las vírgenes sus harapos predilectos, apagados los oros de los retablos, cambiados de lugar los túmulos y sus cadáveres ilustres,

sólo el vacío dejará escrito en el polvo de un libro que nadie podrá destruir cuánta mentira estuvo allí expuesta, qué falsa humanidad contuvo, qué nido de obsceni-

dades fue, ahora que el personaje central del drama, bajo la lluvia que traspasa su tierra, en otro claustro, a la intemperie, juega con las hormigas e intercambia la risa que antes, bajo los palios de seda, mientras fueron los latines y la cera, los cánticos perdidos entre el cuero de los sillones y la polilla, hubiera sido deshonesto expresar.

DESHABITADO por la fiebre, igual que una habitación oscura por donde viaja el olvido y los gestos de una antigua heredad dejaron sus manchas purpúreas en los muros, ahora que es otoño y los astros no se atreven a penetrar hasta el lecho, configurando la distancia, midiendo las lágrimas con el desvelo de otras noches más expuestas al peligro, como un ataúd vacío, el espejo se desvanece entre los hilos de la sombra y las lámparas cierran la puerta al dolor con la misma seguridad con que una boca pone su sello de muerte en una imagen que acaba de entregar su resplandor al sueño.

Paseando sus cirios por el crucero, abierta la procesión por el acólito mayor, ave revestida con el sayal del engaño, el maniquí flota, se desliza por las cerraduras, abre los postigos de la mansión donde la reina exhibe el tatuaje de sus senos, y al frente, bajo los cobertores de la impudicia, el sexo inscribe su círculo de angustia en otro planisferio, se da a una confusión de mártires y cicatrices, se hace una cúpula cenital para el insecto que bajo la piel, paciente, espera.

Una oración tan sólo basta para que los justos vuel-

van a su sitio, para que los cánticos se hagan de nuevo propiedad de los dioses ocultos, y así, antes de que el adiós del pertiguero comience su rito y la luz cambie el sonido de sus metales por la espadería del desengaño, el diminuto verme que siembra la discordia entre piedras húmedas, esqueletos conversos y el turno riguroso de valses que adelantan sus dolientes abismos, delante de los torsos que esperan una vez más, sin conocerse, volverán a ser de nuevo las sórdidas arañas que siempre, desde el primer día, se devoraron en su virginidad.

LA blancura completa, tu inmovilidad de tiza, el adorno desordenado de tus pómulos, ese círculo que acompaña tu noche como un astro paralizado en medio de tu pupila, el valle de cifras que delata cuanto de tu torpe cabeza se desprendió,

ahí están, sin distinción alguna, bajo la antorcha apagada que tus manos sostiene, maniquí coronado por las agujas que desprenden los espejos del día, ola abierta en la inalcanzable oscuridad.

Pero cada hora es una hoguera que se extingue, el juego de un alambique que destila su pleamar de voces y despedidas, el cíngulo de piedra que de un muro remoto se desprendió, ahora y siempre así, cortejo acusador de la carne, resplandor del martirio,

y tú, haz de alfileres concentrado, como una mano desnuda que señala la oquedad en donde el sexo se pulveriza, abres tu itinerario de obscenas vaguedades, te haces un alacrán oscuro que niega su lágrima, el triunfo alucinante de su consumación.

MAÑANA, en el oasis que concede un cadáver como tributo, una puerta anónima se abrirá, un eclipse de olvido izará su bandera en la piedra, un maniquí de humo dejará su lengua expuesta al cepo de tierra y sus gusanos herederos.

Cerradura imprevista, el hilo del tiempo, leviatán que vuela por el llanto perseguido, se diluirá como un ojo en un reloj de arena, una flor de papel se abrirá, y, en sus laberintos oscuros, un cortejo de mitos coserá sus venenos con la lana del remordimiento.

Sólo las bocas que hablan desde los vitrales, los ídolos de pluma y los cabellos disecados, encontrarán el clima propicio para este cuerpo que mira, desde su esfera clandestina, cómo arde la seda trashumante, la sandalia descosida, el vuelo de las aves carnívoras que orinan sobre el frío espectáculo de la muerte, presa en su jaula vacía, desde fuera.

II

SU voz se coloreaba de oscuros arcoiris bajo las bóvedas, pero a cada palabra que pronunciaba, suspendido el aliento, espiaba los gestos del auditorio, la intranquilidad que sembraba, el pánico que crecía como un olor imposible de respirar en torno a los guardianes que aseguraban su permanencia.

Mortalmente herido por una acusación bien conocida, a cada uno daba su parte de maldad, decía el exacto lugar donde se alzaran las horcas, cargaba los revólveres con el plomo preciso, y señalaba las cabezas adonde debía ir, los vientres que lo podían albergar, la carga de violencia que estaba dispuesto a conceder entre los súbditos indefensos.

Ahora, el templo a punto de caer, un dolor, un trauma infernal lo tiene paralizado, sabe que amenazada está su vida, que una flecha, en un lugar, un día, se disparó y hacia él se dirige, avanzará, llegará a su carne, se clavará, y la sangre devuelta a la tierra que la espera, antes de ser maldición, charco corrompido,

abonará una cosecha de amor, allí donde los humil-

des seres, los proscritos, desprendidos de sus disfraces habituales, a coro reirán ante la máscara que les libera de tanta injusticia como, mientras él vivía, en sus corazones, con hierros y cordeles, mucho tiempo, dolorosamente, se había mantenido.

SI tuvo patria, esta fue: un redondel de olvido, una lengua encarcelada por la costumbre, un largo viaje por una habitación poblada de disfraces, un lecho donde la paciencia descarga sus golpes, cuando las lámparas se suicidan en el amanecer de las cornisas y los cabellos dejan discurrir al azar sus ruinas o los espejos dejan caer sus frustraciones con un desvarío intermitente.

En ese frío andén, ahora, cuando la esfinge que fue se despuebla como una ciudad al sol del verano, y una llama lunar se bendice con el detritus de muchas cabezas acumuladas, si alguna vez tuvo patria, sea esta fosforescencia de desierto imprevisto, esta rotación de piedras malvestidas por las lágrimas, un péndulo de sales y poleas que entreabre la puerta de un abismo,

allí donde el simulacro del deseo emerge de unas manos hechas tinta, donde el polvo o la ceniza abiertamente en los muros se conjugan, y entregadas a la resignación, unas damas de terciopelo transparente preparan la cena para un cuerpo extranjero que regresa al hogar cubierto de tentaciones y cicatrices.

COMO un párpado cerrado por el peso de la noche, así salta de la pared la espina de desgracia que hacia tus huesos se dirige, así testifica sus lágrimas el candelabro que, sobre tu frente de estrella consumida, idealiza el naufragio de tu quietud culpable, la ligereza con que las llamas cabecean sus negaciones, y, al fondo, sobre la alarma de tu remordimiento, aliento solo la cruz de efímero aluminio, así completas el paraíso trashumante en donde tu ley descarga el poder de su hazaña.

Ningún enigma se salvará de este anegado precipicio. Sea o no lava ardiente la duda que resbala por la ladera hacia el peligro, tu palidez dejará manchado para siempre el nido en donde las víboras de placer se consumieron. Pero cuando la superficie del sueño se llene de sobresaltos y el mapa que ilustra el olvido se desdibuje,

baja de nuevo hacia este lecho, siéntate a la mesa de esta memoria que a sus víctimas congrega, y, en el coro final, obedece al más pequeño de los servidores, al que no tiene rostro ni voz visible, y come despacio de este alma que entre todos, con mentiras, mitos y maleficios, arquitectos diabólicos, hemos construido.

AHORA te corresponde una nueva máscara, una lágrima de humildad, un trono en donde la ceniza se anticipa al sufrimiento y el deseo abre sus puertas sobre un alba que no tiene fin.

Con desusada lentitud, como si te despidieras de un cuerpo que no fue creado, pero cuyo latido dentro de tu oscuridad perdura, separa los colores de este arcoiris desconocido, hazte presencia en este cielo que nunca fue testigo de nada, y, como un eclipse total, confidente del frío y el silencio, diseca tu inmovilidad en este muro que recoge el perfil de tu rostro sin nombre.

Después, cuando en el fondo del negro corredor, donde palidecen los ojos que no amaron, se instalen los estandartes que representan tu última evocación, más astilla apagada que hoguera oculta, allí estará impresa la huella imprevista, la voz no hallada, el germen que tocará tu frente con el aceite sombrío del delirio, en tanto la noche escribe las sílabas del dios que te salve o te condene por lo que nunca has sido.

Luego, vencida la nueva tentación, otra vez alborán

en el plenilunio sosegado, antes de que tu presentimiento alcance su raíz y sea una hilacha de humo la nostalgia, oh, despójate de ese viajero que pasea sus cicatrices por tu insomnio, niégate a la luz aún no encendida, el único ejemplo duradero que nos dirá, antes de los siglos, tu confidente mortalidad.

FRENTE a esta ladera que sólo conoce el latido de las horas, antes de ser ligera pluma, víspera del desmayo, claustro en donde están inscritos los nombres que nunca se conocieron, abre el mapa que habrás de recorrer, busca tu itinerario entre las hendiduras de esta caverna en donde el mal transcurre, y deja que el dedo de la noche señale el lugar, el trono que será sostén oscuro de tu respiración.

Más largo que la fiebre, a partir del pánico y sus alados peligros, es el olvido sin fin, la gota de enfermedad que distingue alrededor del fuego cuál es la cabeza que ha de permanecer, el relámpago que en ella se albergará, el sobresalto que, desde el rincón donde el delirio impone su júbilo, desplegará la lanzadera y su hilo pernicioso, esa ola de piedra como una cárcel permitida que dibuja el mar y en el vuelo de las águilas se crucifica.

El alba no tiene fin, es un remero celeste que extiende por el conocimiento el mar y su ruina. Pero bajo la armadura que te representa, como un racimo de astros por donde el desasosiego circula, vuelve tu espalda a esta doble ausencia que en ti se enturbia, sea un eclipse

natural tu rostro, y, proyecto de eternidad, anónimo ilegible, separa tu cuerpo de ese alud indulgente que por ti destila el estertor de su maledicencia.

HORA sería de apartarse de los dioses que gobiernan el alba, de volverse atrás y ver cómo se disipan los ungüentos de la maledicencia en un cielo cubierto de aserrín, de dejar la pesadumbre sostenida en las manos de los santos que en los rincones, evocación de aceite, ingenua delgadez, se desmigajan.

Pero como una vela extinta que aún tocara las paredes anónimas, el eclipse de las sábanas —templo en donde el dolor se arrodilla y devuelve las destilaciones de su malsana confesión—, desde cualquier lugar, igual que el ladrido de los perros llega desde el horizonte, así se oye el neutro coro de los ángeles del cautiverio cantar, no un confuso son, sino un leve contrapeso de esta dualidad con que el cuerpo, oyéndose en las suturas de las cosas dormidas, se expone a su mortalidad.

Nada más que una lágrima es el amor que envejece. Lo demás, la delación de los gestos, las palabras barnizadas con el hollín de la aventura, las cicatrices falsas o el fecundo engaño, sólo son las materias para el sudario que inventa, simulando un tejido de eternidad, una ignorancia que al desconcierto del sexo prevalece.

EL ídolo, en su hornacina de tablas, es un signo rodeado de alucinaciones, un espacio en donde se adivina el clamor de una larva que elude sus indescifrables metamorfosis.

Se yergue la cabeza en un cielo de aserrín, las manos imploran un invisible ocaso, muere el día como una gota de cera en el oro de un retablo, se apagan las puntas venenosas de los cirios.

Más arriba de la oscuridad, en el sueño escalonado de las astrales medusas, el ojo abre su horizonte de orín, la rueda sólo visible por los rostros de los ajusticiados.

Para un corazón acostumbrado a los celestes conjuros, vuelta la memoria a su abismo, el insomnio es sólo el argumento escrito sobre la piel de un ausente cadáver, un ciego auriga que sigue la senda de otra más larga eternidad.

DEIDAD invisible, ventanal de luto, ahora es la hora de nuestro amor, hacia ti va la procesión de improperios con el signo convenido, la corona de raíces que siempre quisiste por vestido y ataúd, el candelabro de plomo que abre su lengua por el escenario de telas rotas y vasijas comidas por la lepra.

Ahora es la hora de nuestro hastío, mendiga de las celestes frustraciones, déjame que separe la escoria del sueño, el aria del polvo y la maldición, mientras el aplauso fúnebre se bebe el aceite de la locura en tu piel o tu sexo se abre en un abanico de agujeros o en un puerto que nadie sospecha tu nave fondea con el vals de los años, desplumado buitre que en su jaula sostuvo la boca cenicienta de Orfeo.

Ahora es la hora de nuestra mentira, tu espectáculo de luna de papel y lentejuelas, los espejos disecados en los invernáculos del insomnio, el ambiguo vaivén de la carne, el páramo de insectos adornados para el carnaval del olvido, el mensaje oscuro del ron, el pánico del tabaco despintando los muros, el color de las sábanas inventando un desesperado jeroglífico, mientras por el hori-

zonte se deslizan unos trenes repletos de fantasmas, unas cuerdas que se despiden de los cuellos, unos puñales que resplandecen con el fuego de las velas y se clavan con equilibrio en medio de un agonizante corazón.

Ahora es la hora de nuestra nada, amén.

III

SI os habéis propuesto hilvanar unas lágrimas, ahora que el salitre se enternece en las desnudas paredes de este claustro, si el color de vuestra boca ha palidecido para una circunstancia tan precisa, y debajo de vuestra piel se esconde el eco de un corazón acostumbrado a otras efemérides semejantes, antes de que el festín de las larvas empiece y por el rostro que asoma su blancura sobre la sábana se manifieste el menosprecio,

levantaos de las sillas que tan bien dispuestas en círculo fueron, olvidad vuestro dolor, salid a las calles que aún reflejan la vida en los parabrisas de los coches, contemplaos en los pechos de las muchachas que no saben que un día también serán holocausto de un vacío semejante.

Aquí nada ha sucedido: una visitación interior, un intercambio de sueños, un nuevo acompañamiento de címbalos que no son oídos en ningún sitio, una corona de ceniza que procede de un fuego que tuvo lugar hace mil siglos, antes del grito materno y la alegría del nacimiento.

Ahora no es tiempo de dolor: el itinerario se ha cumplido, el mármol será el gesto último, una sombra sorprendida, un humo vagabundo que deja sus agujeros en el doliente reloj del hastío escritos. Pues la hora llegó y nada, nada de vuestra condolencia será agradecida allá donde otro ser, revestido con el pontifical predilecto, tiene preparada la acusación, el veredicto, un patíbulo demasiado luminoso para tan insignificante muerto.

CON cierta calma, hondo foso o alta almena, se dispone para la ceremonia: mira el vestuario como quien se halla ante un arcoiris descompuesto, no distingue ya formas ni sonidos, los colores están encarcelados en su modesta trama, un aire glacial recorre la habitación como un dique flotante, la tela de las túnicas se mueve en un vacío que no se conforma a su presencia.

Plaza amurallada, el cuerpo adelanta con vacilación sus tentáculos, templa la piel su intimidad en busca de un abrigo duradero, hay una entrega generosa en ese tacto imperceptible de la sábana, un escalofrío que da relieve a tan lujosa morada.

Nadie tiene conocimiento del lugar, de la hora. A tientas, como si se apoyara en una venganza familiar, sin tregua para el misterio que ante sus ojos se delata, entra en la cita, se comporta como un ciego en su oscuridad,

y, en el centro del cortejo adulador que lo toca y lo acorrala, inclina la frente y calla, deja que el linaje de la avaricia, envuelto en el incienso que lo ilumina, conso-

lador escudo, vista su cuerpo y ría con el viejo ropaje de la ignominia.

ESTE desfiladero tenebroso, este paso oculto por donde una vieja dama se desenvuelve con glacial serenidad, se abre hoy hacia otro territorio, es una cárcel que destila una a una las gotas del espanto, con la cólera de las cabezas antípodas se persigna, florece como una orquídea de blasfemias, una ciénaga que escupe sus fiebres delirantes.

En cada hoyo del camino hay una garra escondida, un puma que busca con ahínco un hilo de desgracia, en cada mansión hay una llaga que intenta diseminar su podredumbre, es una jungla de caimanes que ponen miedo en las bebidas, echan delirio en las ropas, se santiguan de engaño y siembran el ocaso de crines y algodón en medio del insomnio y la aventura.

Pero este paso fatal, este viaje de zozobra entre clavos y maderos, no sobrevive a nada, no se explica, es sólo un desierto de ultraje y quemadura, un río lleno de iguanas, hay que apartar sus llantos, tapar sus agujeros, comer un pan de terror bajo el destello de una lágrima que simula un cuchillo.

Sin embargo, al otro lado del horizonte, el hoy eterno, de cara a la siesta de las especias, un creciente de rifles acecha, abre sus corolas venenosas, cambia el oro del delirio por el sueño de un navío que navega sobre un océano infernal y nunca llega a ningún puerto.

BENDECIDOS por la sombra, en medio de la fantasmal bóveda, antes de que el cortejo de harapos presente sus credenciales, hagamos de la muerte una dama ejemplar, una imagen sin sexo, algo cuya veneración sea tan honda como el olvido y cuya promesa tenga dispuesta su veneno o su cárcel.

Todas las noches sean una misma noche, y en ella, apartando cortinas, saludando invenciones, pongamos nuestra espera en manos de los guardianes que se nombren, los hábiles espectros que nos conduzcan al lugar donde siempre existe la misma luz, donde al final, hallada la victoria, está la hidra en su invernáculo, segura de su oficio, majestad única, esclava de sí en su magisterio, verdugo último.

Sólo así, igual que por un túnel prohibido no pasa nombre alguno, llegaremos a conocer la verdad, el tiempo en su palidez escondido, el infinito sin fin de inviernos y veranos que cruzarán nuestra piel, dentro del arca florida en donde papeles, sedas, cintas y cruces nos hablan del heroico cadáver que ya somos.

ESA cavidad en donde los ojos velan sus contornos, esa memoria como una balada oída desde la alta mar, ese paraíso que tras la estéril pantalla del insomnio esconde su muerta singladura, esa supervivencia que el calor todavía oculto en la ceniza no sabe cómo atravesar, esa aventura inimitable, ese espacio sin fin, ese no ser,

bajo la tabla, como una hilera de voces que sostiene la imagen del pregonero, señala su acusación, habla con muertas letras, da explicaciones que el oído desaltera, augurios infernales, números imprevistos,

mientras en otro lugar unas cabezas que no fueron santiguadas exponen sus contratiempos, intercambian sus peculiaridades, se saltan las esferas de los relojes y dicen la verdad con la tinta que confraterniza con la muerte en el universo vacío del papel.

CUANDO el verano sepulta sus residuos entre los arrecifes, secretos laberintos que las olas no saben apaciguar, lejos la playa y sus tiendas de lona, ¡qué puro el mediodía cayendo sobre un mundo de toallas y pañuelos de colores, qué inútil el canto de las aves marinas o el alga que flota a la deriva o la red que se deshila a la intemperie!

Aun indiferente a toda traslación, si alguien revelara el misterio de una existencia así, el agua tendría conciencia de su majestad, las barcas responderían al saludo de las nubes con la sal fluyente de sus remos. Pero, entonces, ¿cuál, entre todos los rostros, sabría rehacer la imagen que a otro día más leve perteneció? ¿Con qué materia, oída al fin la boca reveladora, crearía tal gracia? Y si consiguiera una alegoría semejante, aligerada de súplicas cualquier mirada, ¿acertaría a colocar el corazón en su sitio?

La hora, polvo fugitivo, dice la verdad. Ningún sonido irreal traslada de universo sus estremecimientos. Nadie, aquí o allá, se desconcierta en tal milagro. Pues lo que se halla separado por el mal, vive escondiendo su

origen en otros meridianos. Sólo la mano que retuvo un poco de calor, otra ignorancia, sabe lo que cuesta oscurecerse y olvidar.

Y SI aún no habéis hallado el lugar, donde se alzará el patíbulo, junto al milagro acusador del tiempo y su alba de piedra, esconded en otra landa la ley que os hará oscuridad, bebed la fría luz que por el horizonte de vuestra lengua asoma, señalad exactamente el orificio por donde cruzará el rayo que haga de vuestra nada un cadáver que entrega su pudor a un coro de vírgenes harapientas.

Debajo de las vértebras, en el túnel silencioso que recorren los pájaros de la muerte, mientras los reyes de la desesperación encuentren las cerraduras y el instinto entregue las llaves que sepan abrir todas las puertas, alzad vuestro puñal contra la aurora, destruir los espejos en donde se reflejan los muertos que seréis, propagad vuestro secreto patrimonio en el vacío, lo que no tiene forma, lo que no es y llora con un encanto estremecedor.

Más tarde, alcoba sin profanar la noche, recorred los astros que atraviesan vuestro éxtasis, haced un hotel confortable de vuestro cuerpo, allí donde las mariposas, a partir de las flores de papel y del estaño de las palmatorias, fabricarán su arsenal de lágrimas, el frío universo

que, como un tesoro que se reparten los asesinos, dará fe del error que hizo de vuestro ultraje una inmortal venganza.

AHORA que la ceniza va al asalto de tu cuerpo, tu única fortaleza, tu último reducto, lee el aviso, la orden por escrito, la ejemplar concesión: Nunca saldrás de ahí, esa claridad forma el ataúd que prefirió tu corazón acostumbrado a un suicidio intermitente, es un vértigo apacible que acecha con obstinación la herida de una voz que en vano cicatriza.

Entonces, puesto que al cabo de los siglos el edicto se ha cumplido y un negro retablo de improperios dice en torno a ti su liturgia, deja a un lado la confidencia del salterio en el ábside, vive en el gesto de la cuerda que en esa horca con modestia se balancea, y, como un reo que nunca será salvado por ninguna advertencia,

pregona tu doctrina en otra cavidad más clara, otra piedra más duradera, y dócil al relámpago de una eterna soledad, condenado que no quiso a su dios, deja pasar la argolla de la justicia por tu cabeza: una ciega espada, una malsana resonancia se abrirá paso por el estrecho iris de tu carne,

y cuando el recuerdo de tu resurrección, resina que

resbala por los escalones del tiempo, se haga impura singladura, cosida la sutura del dolor que tus ruinas concertaron, todos tus cadáveres reunidos, figuras en el Tarot de tu gloria, a coro cantarán sobre tu ausencia, el enigma del mármol inscrito, el único fósil que nos quede de tu desgracia y de tu error.

ÍNDICE

I

Hay un fauno sumergido en la piedra, un rostro 13
Para no descubrir lo que su íntimo demonio inventa 15
Pero su imagen se traslada con diligencia en el espejo 17
Después de beber el vino ritual, hábil pontífice 19
El trono resplandece, y, en su ignorancia 21
Deshabitado por la fiebre, igual que una habitación 23
La blancura completa, tu inmovilidad de tiza 25
Mañana, en el oasis que concede un cadáver 26

II

Su voz se coloreaba de oscuros arcoiris 29
Si tuvo patria, esta fue: un redondel de olvido 31
Como un párpado cerrado por el peso de la noche 32
Ahora te corresponde una nueva máscara 33
Frente a esta ladera que solo conoce el latido 35
Hora sería de apartarse de los dioses 37
El ídolo, en su hornacina de tablas, es un signo 38
Deidad invisible, ventanal de luto, ahora es la hora 39

III

Si os habéis propuesto hilvanar unas lágrimas 43
Con cierta calma, hondo foso o alta almena 45
Este desfiladero tenebroso, este paso oculto 47
Bendecidos por la sombra, en medio de la fantasmal 49
Esa cavidad en donde los ojos velan 50
Cuando el verano sepulta sus residuos entre los arrecifes .. 51
Y si aún no habéis hallado el lugar 53
Ahora que la ceniza va a asalto de tu cuerpo 55

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LAVEL, S. A.
EN HUMANES (MADRID) EN EL MES
DE FEBRERO DE 1990

Manuel Álvarez Ortega (Córdoba, 1923) es traductor y poeta ajeno a modas, tendencias y corrientes de la poesía española contemporánea. Residente en Madrid desde hace varios años, ama la palabra y su obra se caracteriza por la perseverancia y fidelidad absoluta al lenguaje. Se trata, pues, de un poeta totalmente reconocido y cuya obra no ha dejado de influir desde que en el año 1972 se publicó su *Antología* (1941-1971). Desde *La huella de las cosas* (1948) le han seguido *Exilio* (1955), *Invención de la muerte* (1964), *Oscura marea* (1968), *Carpen dien* (1972), *Génesis* (1975), *Final feliz* (1977), *Gesta* (1988) y, ahora, *Código.*